

≡ LA ESCALERA DEL DIABLO ≡

Ángela Victoria Vivar Cáceres



11 años
Petorca

Tercer lugar regional

Ilustración: Sol Díaz

En una fría y lluviosa tarde de invierno, de visita en casa de mis abuelos, mientras mi abuela Olga preparaba unas deliciosas sopaipillas y picarones para tomar onces, mis primos y yo nos instalábamos alrededor de la chimenea para escuchar los relatos de mi abuelo Avaneció, nacido y criado en la localidad de Manuel Montt, en la comuna de Petorca. Mi abuelo empezó su relato contándonos que en la entrada de Hierro Viejo, pasando el túnel La Grupa, se ve una escalera al revés y dice, que es por donde arrancó el mismísimo cachudo de los mineros y del cura del pueblo.

Se dice que en ese pueblito se paseaba el diablo con un elegante terno negro mostrando su dentadura de oro. Le gustaba aparecer en la fecha de pago donde solía llegar en un enorme caballo negro. En ocasiones, también llegaba a pie para entusiasmar a los mineros, ir a las ramadas a beber y bailar cueca. Mientras el diablo se lucía bailando, un minero sorprendido por la destreza del afuerino bailando exclamó:

—¡Chita que baila bien ese roto, por la mismísima Virgencita!



Al oír la invocación de la Virgen, el cola larga arrancó despavorido. Al darse cuenta los mineros que este era el verdadero don Sata, se asustaron, pero aun así lo salieron persiguiendo con cruces en manos junto al cura del pueblo, que con tanto alboroto y bullicio se despertó, y armado de agua bendita acompañó a los lugareños en esta persecución. Al llegar al cerro, don Sata hizo aparecer una escalera de piedra por donde subió velozmente. Los mineros y el cura trataron también de subir, pero don Sata al llegar a la cima, invirtió los peldaños de la escalera impidiendo que los mineros y el cura lo siguieran. Así logró escapar de ellos.

Según cuenta la leyenda que nos narra mi abuelo, todos los años en la noche de San Juan, con lámpara en mano se ve subir y bajar a una persona. Los lugareños del pueblo aseguran que es el mismísimo don Sata que recuerda cómo se burló y escapó de los mineros y el cura.

De repente se escucha un grito de mi abuela Olga: “¡Están servidas las onces!”, nos hizo saltar del miedo. Disfrutando las delicias de mi abuela, nos olvidamos del susto provocado por la historia de mi abuelo Avanejó.

Cada vez que voy a Petorca, al pasar por Hierro Viejo no puedo evitar mirar hacia la derecha de la piscina y mirar los peldaños invertidos de la escalera del diablo, recordando la tenebrosa historia contada por mi abuelo.